

MITRE EN CHILE

— por Alejandro Fuenzalida Grandón —

LA personalidad militar, política y literaria de don Bartolomé Mitre brilla en Sud América con regreso de intensa luz. Actúa en varias de nuestras repúblicas: en Argentina, Uruguay, Brasil, Bolivia, Perú y Chile. En su prolongada vida (1821 - 1906), fructuosa para la consolidación del orden y de la nacionalidad argentina, y eminente, por varios capítulos, para los progresos intelectuales de nuestro continente.

Nos proponemos bosquejar rápida, ligeramente, la parte de su vida relacionada con Chile, país de sus afecciones, en que el ilustre hombre de Estado ocupa, por varias décadas un lugar de los más espectables, y en algunos de sus períodos, adquiere el relieve vigoroso de un símbolo de paz, como conductor de pueblos e inspirador de la política internacional.

Mitre es una de esas personalidades complejas, fuertes, acentuadas, que se hallan pocas veces a lo largo de una centuria. Abarca las más variadas actividades. Ya como militar aguerido desde los años moceriles; como publicista ilustrado, organizador nacional, emancipador y propulsor del pensamiento liberal; como apóstol de la libertad política y de la democracia bien entendida; como orador elocuente, infatigable periodista e inspirado poeta y novelista; como polemista y políglota, aun en lenguas indígenas; numismata, bibliófilo y bibliógrafo americanista; como geógrafo y hombre de ciencia; como traduc-

tor de Horacio, de Dante; de Longfellow, Gray, etc. Bartolomé Mitre encarna la actividad del pensador y del hombre de acción en sus más excelsas facultades.

Y ¡cosa curiosa! este ser extraordinario no hizo estudios humanísticos sistemáticos, ni menos su nombre figura en el alumnado superior universitario. Comenzó temprano la vida activa con un bagaje de conocimientos por todo extremo liviano e insignificante. «Lector infatigable, dice uno de sus biógrafos, dotado de una memoria prodigiosa y de una inteligencia clara y penetrante, pudo adquirir por sí mismo una notable instrucción histórica literaria y política, cuando apenas contaba 25 años.» Como milagroso autodidacta, llegó a convertirse, en ciertos ramos del saber humano, en un especialista notable y en una eminencia americana de autbridad indiscutida.

Nacido en Buenos Aires en 27 de Junio de 1821 (el año mismo en que se fusilaba en Mendoza a los Carreras), inició sus estudios en la escuela que, en el fortín marítimo de Patagones, dirigía su padre, el uruguayo Ambrosio Mitre. A los 7 años era entregado por éste a la tutela de don Gervasio Rozas, para que en su hacienda lo adiestraran en las faenas rurales. «Castigo para domar su carácter voluntarioso», ha escrito uno de los historiadores de su vida. De Mitre dice Sarmiento, al conocerlo en Montevideo: «Poeta por vocación «gaucho de la Pampa» por castigo impuesto a sus instintos intelectuales.»

Estaba lejos de completar sus estudios de colegio cuando la ominosa dictadura de Juan Manuel de Rozas, que mató la vida intelectual, obligó al adolescente Mitre a alistarse para combatirlo en las filas de la artillería de escuela, en la otra margen del Plata, en la tierra uruguaya de sus antepasados. «El joven guerrero, escribe uno de sus panegiristas, comenzaba a cantar. Alto, elegante, fino, la tez mate, el cabello castaño, volteado en ondas sobre la frente espaciosa, la nariz aguileña, los ojos claros y suaves, la gallarda silueta romántica se destacaba allá entre sus contemporáneos animado de una misma pasión vigorosa por las armas y por las letras.»

A los 20 años Mitre componía sus primeros versos.

A los 24 lanzaba su primer ensayo biográfico sobre José Rivera Indarte, por encargo especial del Ministro uruguayo

Santiago Vásquez, dado a luz en las hojas volanderas de un diario de Montevideo, en 1845, y reproducido por algunos diarios de Chile. Esas páginas acerca del fecundo periodista y discutido poeta fueron en ese mismo año, reimpresas por separado por determinación de los amigos y compatriotas del malogrado joven, cuya vida, consagrada toda entera al estudio y a la causa de su patria, podría despertar nobles simpatías en la juventud americana. En la reimpresión chilena se agregaba, al final del escrito de Mitre, una concisa nota con el objeto de consignar ciertas noticias que faltaban para hacer completa la biografía. Datada en Valparaíso, en Diciembre de 1845, esa nota final era firmada por Z. inicial que barrunto pueda corresponder a Manuel José Zapata, emigrado mendocino a la sazón, residente entre nosotros, y que, junto con un hermano suyo, Martín, había ejercido funciones docentes en la capital desde 1837, y que pocos años después tradujo *El Giaur* o el *Infel*, de Lord Byron (Valparaíso, 1849).

Así, pues, el primer trabajo de Mitre, primicia de su incipiente talento de historiador en ciernes, es la recordada biografía del célebre panfletista de las *Tablas de Sangre* y de *Es acción santa matar a Rozas*.

En 1847 el joven Mitre pasaba a Bolivia, gobernada por Ballivián, y tomaba a su cargo la dirección del Colegio Militar. Redactó un periódico en La Paz, *La Epoca*; y alternó sus labores militares con sus aficiones literarias. Había ya traducido del francés un estudio sobre Bolívar de la *Encyclopedie Nouvelle*, de Reynaud; y después vertió al castellano la novela *La Rosa Amarilla*, por Charles de Bernard, fecundo novelador francés nacido en 1805 y muerto en 1850. Esa forma parte de la colección de folletines de *La Epoca*. La Paz, 1847, 4.º, 67 pp.

En el folletín de ese mismo periódico y en el mismo año, Mitre dió a la estampa *Soledad*, novela americana que la totalidad de los historiadores argentinos y chilenos la retrotraen a 1848, y la dan como publicada por primera vez en Chile, siéndolo en realidad en Bolivia.

La caída de Ballivián forzó a Mitre a emigrar al Perú, estableciéndose al principio en Puno y en seguida en Tacna. De aquí fué obligado a salir al extranjero.

En 1848 vino a nuestro país, en busca del pan, del pan amargo del destierro. Se estableció en Valparaíso. Chile era entonces el amistoso asilo de los proscriptos. Ya le había precedido Sarmiento, el pensador más original y atrevido de la caravana, Vicente Fidel López, Juan Bautista Alberdi, Juan María Gutiérrez, que formaron el célebre quinteto encabezador del grupo que se ha bautizado con el nombre de *Los Cuyanos*, que enlaza la vida literaria de Chile y la Argentina en los días sombríos de la ominosa dictadura Rosista. Bajo la influencia recíproca de los cultivadores de las letras se formó una amistad internacional que no alcanzaron a aminorar ni a entibiar el correr de medio siglo ni en el ambiente de luchas recelos y emulaciones a ambos lados de los Andes. Los chilenos, aficionados como pocos a poner sobrenombres, bautizaron a Mitre con el apodo de *El Jote*. Se sabe que Barros Arana era *El Palote*, Sarmiento, *El Loco*; Ambrosio Montt *El Canela*, Lastarria, *El Tuerto*, etc. (Vicuña Mackenna, *Viajes*, 1856, p. 391.)

Mitre, el futuro historiador, escribe Barros Arana, era en esa época un joven débil y enfermizo, que dejaba ver en su fisonomía simpática e inteligente las huellas que las fatigas de la emigración habían dejado en su salud. Necesitaba medicarse casi constantemente para reponer sus fuerzas físicas, pero conservaba toda su energía moral; y como era pobre, se puso a trabajar con una entereza incontrastable.

En una carta escrita por Mitre, 35 años después, a sus amigos de tipografía del *Comercio* de Valparaíso, «arte que adopté cuando recién pisé las playas de Chile, dice, con el cual me honro imitando el ejemplo de Franklin, el padre y el numen de los tipógrafos del Nuevo Mundo, que manejan conscientemente los tipos de imprenta».

De repórter, pasó a colaborador y pronto llegó a ser redactor titular de ese diario porteño, 1848 - 1849 (y no del *Mercurio*, como repetida y erróneamente suele afirmarse). En seguida, desde mediados de 1849 pasó al diario santiaguino *El Progreso*. En *El Comercio* publicó Mitre su novela *Soledad*, que diera a la estampa por primera vez en un periódico boliviano, como ya

dijimos. Ese ensayo de novela americana o *nouvelle*, se reimprimó con el epígrafe de Byron *Where I steer*, y se colocaba como título del autor: «Miembro fundador del Instituto histórico-geográfico del Uruguay» (Valparaíso, Imp. Europea, 4.º, 49 pp.); de la que se ha hecho una reedición en 1907 por P. P. Figueroa.

En 1850 se publicaron de Mitre las *Memorias de un botón de rosa* (Valparaíso, Imprenta Europea), según todo proporcionado por el bibliófilo Beeche, a Briseño, autor de la *Estadística bibliográfica de la literatura chilena*. Pero esa producción se ha hecho humo en nuestras bibliotecas, y aun en las de la Argentina, como también ha corrido igual suerte *La Rosa Amarilla*, de Charles de Bernard, que Mitre vertió al castellano y publicó en Bolivia en 1847, según queda ya referido. Por lo demás, parece que Mitre, al no coleccionar aquel «botón» ni esta «rosa amarilla» en su rica biblioteca, quiso que el tiempo aventara esas hojas de su lejana juventud que no hacían falta a sus sienes de literato.

En 1850 Mitre tradujo la *Historia Eclesiástica* por el abate Didon, versión que se publicó con sus iniciales B. M., y el año anterior, 1849, se había estrenado con brillo en el foro con una *Cuestión de derecho penal en materia de imprenta*. (Valparaíso, 4.º, 28 pp.)

El talento de Mitre se impuso como periodista fogoso y convencido de la causa liberal. La prensa de esos años de 1848 al 50 era redactada, en su sección de fondo, casi toda por emigrados: Sarmiento, Alberdi, Gutiérrez, Rodríguez Peña, Juan Carlos Gómez, se ingerían en la política y lanzaban sobre sus adversarios balas que por cierto no eran de algodón. El más impetuoso era Sarmiento, defensor acérrimo de Montt. El más tibio y de temperamento menos combativo, era Gutiérrez, irónico, volteriano, que no entusiasmaba por esas luchas ni mucho ni poco. ¡Qué tiempo que no le veo, escribía éste a Mitre, desde la hacienda «Lo Aguila», de la señora Herrera de Toro; me parece un siglo; y qué diferente vida la que hemos pasado ambos! Usted entregado a la tormenta electoral y a la política diaria; yo a la más profunda haraganería de espíritu y de cuerpo. Siento que no haya Ud. venido a «Aguila»; es una

hacienda bella, bien situada, y más que todo habitada por personas amables y obsequiosas como pocas. ¡Qué diferencia entre éstos y nuestros campos! Se llega aquí desde la capital por una continuada Alameda, por buen camino y en birlocho, el río Maipo se atraviesa por un puente tan antiguo como la dominación de los Incas, los cuales han enseñado al mundo a suspender pedazos de camino sobre los torrentes. En estas haciendas hay labranzas en grande, metodizadas, aunque no muy adelantadas en sus procederes. El ganado es manso, la gente es sumisa y abundante, las frutas son exquisitas y la inmediación de la cordillera proporciona helados muy buenos para las horas calurosas, que son muy largas en estos meses. Caballos, caza, pesca, paseos buenos y amenos, nada falta aquí ni en ninguna de las casas de campo que conozco; es preciso viajar un poco al interior de Chile para conocer todo el agrado que en él puede tener la existencia de una persona bien relacionada.

Barros Arana que conoció entonces a Mitre con intimidad y que solía charlar con él en los salones del *Progreso*, ha dicho que su redactor, «dotado de un espíritu reflectivo, no se dejó dominar por la pasión de la lucha y se dió tiempo para continuar con todo ardor sus estudios y lecturas sobre los más variados asuntos. Cultivaba igualmente la literatura y poesía, daba a luz algunos escritos originales o traducidos, y frecuentaba el trato de casi todos los hombres que en esa época hacían vida literaria en nuestro país». De este número era el propio Barros Arana, que traducía entonces novelas del francés, junto con su hermano menor José Benito Barros Arana; Vicuña Mackenna, Lastarria, Bilbao, Urizar, Garfias, Irisarri, Pedro Ugarte, Santiago Arcos, el Coronel Godoy, Eusebio Lillo, Manuel Recabarren, Juan Bello y tantos otros.

El mismo o biógrafo agrega que: «la ciudad templada de Mitre, el carácter de la oposición puramente periodística que hacía al Gobierno, no lo sustrajeron, sin embargo, de las persecuciones políticas. Después del malogrado motín de 20 de Abril de 1851, en que tuvo parte alguna, fué sometido a prisión y obligado a salir del destierro». Todos sus contemporáneos están contestes en afirmar la calma estoica con que sufrió esta persecución, el buen humor inagotable que conservó

en la prisión, y que de Vicuña Mackenna ha contado anécdotas sabrosas. . . .

Mitre regresó de su destierro al Perú en Junio de 1851, y después no tomó sino débil parte en las frangirolas políticas.

Es en esta época de la vida de Mitre en lo que sus biógrafos engarzan un episodio de su alma romántica y soñadora.

El poeta se enamoró de una dama chilena de gran familia y de gran belleza, y una de las de mejor talento que tuvo Santiago en aquellos años. «En la Argentina y en Chile», afirma un escritor argentino, se ha dicho que Mitre la amó, que tuvo por ella una pasión tan profunda como platónica, que durante toda su vida guardó por ella una especie de culto, el culto que los hombres de corazón y de talento saben rendir a la belleza, gracia, virtud y amistad reunidas. Ese amor no fué una leyenda. Mitre lo sintió y nos lo manifestó en muchas de sus obras poéticas, a través de sus cantos en los que se traducía la visión de esa pura y admirable mujer. Cuando volvió a Chile, en 1883, su amigo don Benjamín Vicuña Mackenna quiso hacerlo padrino de una hija suya nacida en esos días. El general aceptó semejante distinción, que agradeció más aun cuando se le dejó a él que escogiera el nombre que debía llevar su futura ahijada; sin titubear, indicó el de Eugenia. Al tiempo de recibir su ahijada el agua del bautismo, el general pronunció las siguientes palabras: «Eugenia Vicuña. . . . que seas como la otra de tu mismo nombre que hubo en tu país. . . . toda inteligencia, toda belleza, toda bondad, toda virtud. . . . Que haya siempre en Chile una Eugenia Vicuña». (Niño. *Mitre*, t. II p. 88, Buenos Aires, 1906).

Regresado a su patria en 1852, adquirió Mitre alta figuración en la política, en la guerra y en la organización del país, llegando a la presidencia de la República.

No es mi propósito seguirlo en la accidentada, brillante y fructífera carrera en su país natal. Sólo debo decir que su *Epistolario*; tan abundante como curioso, da razón de las cordiales relaciones que mantuvo, eso sí que con intermitencias, con sus viejos y queridos amigos de los días inolvidables de la proscripción.

Mitre, se elevó a la altura de los más grandes historiadores

del continente; y jalón por jalón, ascendió a las más elevadas cumbres del pensamiento.

Su correspondencia literaria con Barros Arana, con Vicuña Mackenna, con Juan María Gutiérrez, con Gregorio Bécche, etc., es del más sugestivo valor documental; y tendríamos que llenar muchas páginas para hacer un bosquejo de los proyectos que abrigaba; de la preparación de sus libros; de la formación de su rica biblioteca; de su pasión de bibliófilo - americanista; de su pasión por las letras que endulzaban sus horas de hombre de acción y de militar, de gobernante, de caudillo y de organizador de la nación argentina.

Su hogar fué visitado con cariño por los amigos historiadores que el destierro arrojó de Chile por los años de 1858 y 59, franqueándoles liberalmente preciosas colecciones de manuscritos y de documentos históricos.

El sólido historiador de Belgrano, y luego de San Martín, sus obras capitales, no dejó nunca de favorecer con sus datos e indicaciones a los que por entonces hacían sus primeras armas en la carrera literaria.

Su mente superior se consagró con rara intensidad a la labor intelectual, definida por él como embriaguez sagrada que multiplica las fuerzas de concepción y producción del pensador.

Hacia 1883 volvió Mitre a Chile. Venía a visitar los campos de batalla en que se jugó la emancipación chileno - argentina y a documentarse en el terreno para escribir con pleno conocimiento de causa la historia de San Martín y de la Independencia Americana.

Volvía también a nuestro país, como lo hiciera el año siguiente Sarmiento, para añorar la época de la proscripción. ¡Cuántas fiestas no recibió el benemérito estadista de sus antiguos compañeros Barros Arana, Vicuña Mackenna, Lastarria, Marcial González, Ambrosio Montt, Miguel Luis Amunátegui, Aníbal Pinto, Domingo Santa María, José Manuel Balmaçada, etc.!

Su estancia en lo Aguila renovó viejos recuerdos, en la histórica casa de la señora Herrera de Toro.

En 1890 don Abraham König visitaba al general Mitre en una temporada de verano en «El Tigre». El político chileno fué recibido bondadosamente por él. «Su aspecto, escribe en su diario de viaje al través de la República Argentina (Febrero de 1890), es el de un hombre lleno de vida; no representa por cierto, los 69 años que ha vivido; me preguntó por sus viejos amigos de Chile; por desgracia todos han muerto. Lastarria, Vicuña Mackenna, Amunátegui, sólo queda en pie el infatigable y laborioso Barros Arana. Se complace en citar a Vicuña Mackenna; se conoce que le tenía verdadero cariño. Recuerda con satisfacción a don Domingo Santa María por las reformas teológicas que se llevaron a cabo durante su administración. . . .

»El general Mitre habla con lentitud, con reposo, es el mismo estilo seco y grave que campea en sus obras. Tiene una fisonomía noble, a que sirven de marco espesos cabellos negros y larga barba surcada de hilos de plata. Medio a medio de la frente, en el centro mismo, tiene una cicatriz que colocada en sitio tan preferente y honroso, parece hecha de intento; esa bala que le hirió la frente le ha hecho más bienes que cien coronas triunfales. . . . Es el hombre más popular en Buenos Aires, especialmente entre las señoras. La ciudad ve en él la encarnación de su espíritu, de sus tradiciones y sus deseos.»

En las horas ásperas de nuestro conflicto internacional de límites, Mitre con su influencia fué el apóstol de la paz. Su opinión vertida en su diario *La Nación* dió rumbo satisfactorio a la vieja cuestión que estuvo a punto de encender una guerra fratricida.

El gran americano, en su noble ancianidad era el oráculo indiscutido.

De sus oraciones, la del jubileo, al enterar ochenta años de vida, es considerada justamente en la *Historia de la literatura argentina* del Dr. Ricardo Rojas, como una obra insupe-

nable, de todos los discursos de Mitre, el que ha de quedar, dice, como descollante modelo de elocuencia, por la sinceridad de su sentimiento, la grandéza de su idea, la austeridad de su forma y el prestigio de la ocasión, es su *Oración del Jubileo* (1901) plegaria sacerdotal, de una misteriosa belleza, como pocas veces haya sido dable pronunciarla al patriarca de un pueblo.

Mitre murió el 18 de Enero de 1906.

En Chile se conserva viva la memoria de tan ilustre estadista; para el centenario de su nacimiento (1921), se le elevó un busto en un rincón del Parque Forestal. Una de nuestras calles lleva su nombre. Es de desear que la Biblioteca Nacional de Chile le dedique en su nuevo palacio uno de sus salones. Allí deberían de agruparse, al lado de sus valiosas obras, la literatura argentina pertinente, la edición príncipe de todas sus obras históricas y las ediciones definitivas; su célebre *Epistolario*, tan ligado a nuestro desenvolvimiento literario; sus novelas, sus poesías, sus arengas, su insuperada *Bibliografía de las lenguas americanas*, que él dirigió y coleccionó, y cuanto libro y folleto dió a la estampa a lo largo de su proficua vida.

Un hombre semejante deber ser honrado de esa manera.

La sala Mitre debe ser presidida por el busto de aquel hombre extraordinario que, en medio de sus agitadas labores políticas y militares, encontró los momentos más inefables y fecundos para entregarse al amor de los libros viejos y de las ideas nuevas, para entregarse a lo que él llamaba, la embriaguez sagrada de la elaboración intelectual que multiplica las fuerzas de concepción y producción del pensador.